LIBROS Y CATECISMO: LA CULTURA POPULAR EN BUENOS AIRES EN LA ENTREGUERRA*

*Luis Alberto Romero***

¿Como se forma la cultura de los sectores populares? Generalmente por una combinación de experiencias y de lecturas, de prácticas sociales y de mensajes recibidos —ya sea de la escuela, la Iglesia o los medios, por mencionar sólo algunos—, en las que se expresan de distinta manera los actores y los conflictos de la sociedad. Prácticas y lecturas se tamizan y decantan a través de un filtro específico: la cultura ya conformada, los valores, actitudes, opiniones e ideas, y los ámbitos sociales, más o menos institucionalizados, en los que ese proceso transcurre. Sin duda es difícil orientarse en este complejo de experiencias y filtros, en el que unos son el resultado de los otros. Mucho más, porque el producto final, lejos de ser acabado, definido y preciso, son identidades fluyentes, fragmentarias, una y muchas a la vez.

En el caso de Buenos Aires, los espectaculares cambios políticos de la posguerra, que acompañaron el advenimiento del peronismo, han planteado la pregunta sobre la cultura de unos sectores populares que acogieron con entusiasmo una propuesta de raíces variadas —del socialismo al fascismo o al catolicismo, todo unido a una fuerte impronta democrática— pero que en lo esencial contenía una idea de reforma de la sociedad, en un sentido más justo, de colaboración entre las clases, de integración de los sectores populares al Estado. Con Leandro Gutiérrez hemos sostenido que ese encuentro enraíza en el peculiar proceso de la sociedad porteña de entreguerra: luego del aquietamiento de las tensiones sociales de principios de siglo, y de la asimilación primera del impacto inmigratorio, ésta se caracterizó por un vasto proceso de diversificación y movilidad social, y otro paralelo de expansión física. Su producto fueron las nuevas sociedades barriales, y los sectores populares que se desplegaron en ellas, en un arco que tocaba en un extremo el mundo definidamente obrero y en el otro los sectores establecidos. En los barrios, y en los ámbitos surgidos de una fuerte actividad asociativa —sociedades de fomento, clubes sociales y deportivos, bibliotecas—, se constituyó la nueva sociedad popular y su cultura, que registraba una fuerte influencia proveniente del mundo de los intelectuales progresistas, generalmente socialistas, y de la escuela, cuyos mensajes, leídos desde estas sociedades barriales en formación, daban como resultado un producto singular.

En este artículo se comienza a explorar un terreno nuevo: la acción de la Iglesia católica en ese proceso de conformación cultural, seguramente tan fuerte como aquella otra de raíces socialistas. Se ha elegido para ello un barrio singular: Nueva Pompeya, con un perfil social definidamente obrero y con una presencia muy fuerte de la iglesia. Se analizarán sucesivamente las dos propuestas culturales —que podrían quizá simbolizarse en los libros y el catecismo— difundidas a través de dos tipos de instituciones: una sociedad de fomento y otro conjunto, más variado, creado por la parroquia local. El final es más una pregunta abierta que una respuesta definida: cómo se cruzan ambas propuestas en la gente, cómo se amasa un producto final singular.

---

* En 1981, y gracias al generoso apoyo institucional de Jorge Enrique Hardoy, iniciamos con Leandro Gutiérrez una línea de investigación sobre la cultura de los sectores populares en la entreguerra, en la que este texto se inscribe. Fue el último de los muchos estímulos de Jorge Enrique, de todo tipo y siempre generosos, que recibí desde que, precisamente con él, me iniciara en esta profesión.

** PEHESA, Instituto Ravignani. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenas Aires.

NUEVA POMPEYA

El barrio de Pompeya (1) era quizá la parte más inhóspita de la ciudad. Ubicado al sur, en las tierras bajas que llegan al Riachuelo, fue zona de bañados e inundaciones. Utilizado en las últimas décadas del siglo pasado como vaciadero de basuras, alojó una población marginal, dedicada al "cirujeo", que convivía con los peones de saladeros y curtiembres o los arrieros que, por el antiguo Puente Alsina, conducían las tropas que se dirigían al matadero o a los corrales viejos.

Hacia 1910 este antiguo margen semirrural se había urbanizado considerablemente. Una usina destinada a quemar la basura reemplazó el vaciadero y, sin suprimirlo, ordenó un poco el mundo de los cirujas. Un nuevo puente ordenó el tránsito, que se prolongó por la Avenida Sáenz, incipiente centro del nuevo barrio, Algunas grandes fábricas —dos textiles, Bozzalla y Gratry, y una metalúrgica, Vasena— se instalaron junto al Riachuelo, mientras que la playa ferroviaria Ing. Bryan, a la que confluían distintos ramales, y un activo embarcadero sobre el Riachuelo, estimulaban un intenso tráfico de trenes y carros, Ultima novedad, en 1900 se instala la iglesia de Nueva Pompeya, que dio su nombre al barrio.

Nueva Pompeya se pobló con trabajadores, atraídos por la oferta de empleo —los escasos transportes hacían difícil vivir lejos— y por la baratura de los terrenos, bajos y generalmente inundables, pero que podían rellenarse con basura o ceniza de La Quema. Algunos los compraban, en largas cuotas, e iniciaban la aventura de la casa autoconstruida, y otros muchos los alquilaban para instalar una vivienda más precaria; inicialmente había poca diferencia en las casas de madera, chapa y hasta cartón, entre las que se destacaban algunas construcciones de cuartos de alquiler, levantadas por la fábrica Gratry, y sobre lodo el pequeño conjunto "La Colonia", en la zona sudoeste del barrio, erigido por una institución católica, las Damas Vicentinas.

El núcleo obrero de Pompeya se prolongaba en los barrios vecinos de Barracas y Patricios, y por su homogeneidad se diferenciaba de otras zonas de la ciudad, donde los efectos de la movilidad ya iban conformando una sociedad más diversificada. La tradición socialista, y sobre todo la anarquista, deben de haber mordido fuertemente allí, a juzgar por el tenaz recuerdo que dejaron, Según una persistente tradición oral, una escuela cercana a La Quema fue bautizada La Banderita pues, en un barrio plagado de rojos pendones, ostentaba la primera bandera argentina que se vio por allí. En Pompeya, precisamente, en los talleres de Vasena, se desencadenaron los episodios de 1919, la célebre Semana Trágica, jalón de la tradición obrera y revolucionaria.

Esa tradición se interrumpió en el período de entreguerra. Como en los otros barrios de Buenos Aires, mientras amainaba la conflictividad, Pompeya creció y prosperó, aunque sin perder su perfil industrial y obrero. Varias empresas grandes —Alba y Centenera, ambas del grupo Bunge y Born—, muchas medianas e infinidad de talleres se mezclaron con depósitos y corralones de carros. Pero, además, proliferaron innumerables comercios de venta al detalle, talleres artesanales de reparación, o profesionales variados, desde peluqueros hasta maestros de música, lo que habla no sólo de la densificación de la población barrial sino de una diversificación de sus demandas.

Aunque el grueso de la población siguió siendo definidamente trabajadora, es fácil reconocer en esos años la constitución de una elite barrial, de comerciantes y pequeños empresarios, profesionales, y algunos maestros de escuela, cuyos avisos suelen aparecer en las revistas barriales, testimonio local de los efectos del proceso mayor de movilidad que caracterizó a los sectores populares porteños. El número de escuelas públicas creció considerablemente en los '30. Los comités políticos —radicales y socialistas, que competían palmo a palmo en las elecciones, y también los de otros varios pequeños partidos de izquierda— muestran los avances de la nueva ciudadanía, mientras que los numerosísimos clubes sociales y deportivos, y el moderno cine Pompeya, inaugurado en 1930, reflejan la organización del ámbito de la sociabilidad y los nuevos modos de empleo del tiempo libre (2). El desarrollo de las sociedades de fomento, en cambio, testimonia la gravitación de los acuciantes problemas cotidianos.

FOMENTISMO LAICO: LA SOCIEDAD COLON

Al impulso de los problemas derivados de la construcción de una ciudad y una sociedad nuevas, los barrios porteños se caracterizaron por un fuerte impulso asociacionista, cuyo producto más característico fueron las sociedades de fomento, constituidas para afrontar todo aquello vinculado con el 'progreso" del barrio, y en primer lugar las cuestiones edilicias. No faltaban problemas en Pompeya: terrenos bajos y anegables, rellenos con basura, sin desagües ni cloacas, salvo unos zanjones crónicamente obstruidos, de modo que se vivía "chapaleando barro e inmundicias"; calles sin pavimentar, terrenos baldíos convertidos en basurales, charcas pestilentes, animales muertos, ratas, moscas, sumadas a los residuos industriales, arrojados sin control al Riachuelo o a las mismas calles. Todos ellos eran acuciantes, y relegaban a un segundo plano la escasez de escuelas, de transportes o de una plaza.

Varias sociedades de fomento surgieron en la extensa zona genéricamente conocida como Pompeya (3), cada una de ellas tenía un radio de acción más reducido, un barrio o vecindad en sentido estricto, en el que los vecinos podían conocerse. Una de ellas, la Sociedad de Fomento y Cultura Barrio Colón, fundada en 1926, actuaba al NO de Pompeya, en unas treinta manzanas en una zona relativamente alta y bastante alejada del Santuario, factores ambos que le daban una cierta singularidad. En otros aspectos, se trata de un ejemplo bastante característico de este tipo de asociaciones y de su incidencia en la constitución de las nuevas sociedades barriales (4).

La elite económica del barrio -comerciantes, pequeños empresarios, profesionales- y la intelectual -maestros, profesores varios, estudiantes- impulsaron la Sociedad, y a través de ella se legitimaron como elite barrial. Se trataba de un grupo pequeño y relativamente cerrado, que tuvo una notable perdurabilidad, un poco por desinterés de sus comitentes y otro poco por falta de verdadero empeño en incorporar nuevos miembros. Su crítica a la falta de participación, y su permanente invocación del “vecino consciente", dedicado y sacrificado, tenía mucho de autoglorificación (5). Su legitimidad, sin embargo, se jugaba en la eficacia para gestionar ante las autoridades y obtener mejoras concretas: el rellenado de un bajo anegable, la pavimentación de una calle, la construcción de una plaza (6).

Con pragmatismo, utilizaban distintos recursos: el agente político local, caudillo o "puntero", extremo de una red de influencias que remataba en el concejal (7); o el funcionario municipal amigo, más útil en las muchas épocas de retracción democrática. Así, hacían su aprendizaje de la ciudadanía -ciertamente reciente- en sus dos sentidos: apropiarse del espacio urbano haciéndolo público, y ejercer los derechos políticos -plenamente vigentes sólo desde 1912-, y dar forma concreta a la 'voluntad popular" (8). El camino hacia la ciudadanía no era en modo alguno lineal. Las buenas relaciones con los partidos políticos se trocaron en apoyo al gobierno militar de 1943 (9). La fidelidad a uno u otro partido era menos importante que afirmar el monopolio de la representación barrial, especialmente frente a acciones espontáneas de los vecinos. Además, los propios punteros barriales funcionaban más bien como agentes de asistencia social que como organizadores de la representación política. Pero en cualquier caso, todo ello expresaba un aspecto sustancial de la democratización: concebir una sociedad que -aceptable en sus términos básicos- podía ser mejorada: el *ethos* anarquista de principios de siglo, de destruir y reconstruir, ha dejado lugar a una postura conformista y reformista a la vez.

Las sociedades de fomento cumplieron una segunda función en el proceso de conformación de las sociedades barriales: atender a sus necesidades de recreación, capacitación, y más en general de uso del tiempo libre. Pompeya era un barrio particularmente aislado y pobre, y estas actividades eran escasas; en el barrio Colón, particularmente, la Iglesia tenía poca presencia directa, y los clubes sociales, que proliferaron rápidamente en otras zonas de Pompeya, tardaron en desarrollarse (10). Pese a ello, la Sociedad Colón ocupó sólo parcialmente esos espacios. Carente de local propio, y de terreno para construir una cancha de *basket* (que tuvo auge por entonces), debió limitarse en lo deportivo a campeonatos de damas o ajedrez, no demasiado atractivos. Tres o cuatro veces al año gestionaban la venida del Camión Municipal de Cine, que proyectaba películas en la calle (no demasiado lejos,

la parroquia de Pompeya o el Asilo vicentino daban funciones todos los domingos). Sus bailes, que reunían a “calificados vecinos y sus familiares", se distinguían de los de los clubes por el "orden, respeto, buenas costumbres y franca camaradería", lo que facilitaba la asistencia de las familias, pero quizás alejaba a los jóvenes parranderos. Festivales, con grupos teatrales, recitadores y rifas, y eventualmente algún parque de diversiones completaban una oferta en cierto modo modesta pero exitosa, que empalmaba adecuadamente en la veta evasiva y conformista de la cultura popular del período.

La Sociedad Colón fue mucho menos exitosa en otro campo en el que las sociedades de fomento solían destacarse: la oferta cultural y de capacitación, centrada en una biblioteca —no hay asociación, de fomento, cultural o deportiva, que no la tenga— y complementada con conferencias, cursos culturales variados, apoyo escolar a los niños y cursos de capacitación, como inglés, costura o dactilografía. En esta veta de la cultura de los sectores populares, a la que pertenecían entonces los exitosos programas editoriales de difusión de libros baratos, se reconoce habitualmente el influjo de los socialistas, íntimamente identificados con la educación popular, sobre todo de quienes no pudieron completar estudios formales, y gestores de una densa red de bibliotecas y conferencias. En el Centro Socialista de Pompeya, a metros del Santuario, funcionaba la Biblioteca Sol de la Humanidad, y un poco más lejos el recreo infantil La Aurora, otra especialidad socialista. Pero el éxito de lo Cultural entre los sectores populares no se debió tanto a la penetración de las ideas más generales de los socialistas como a su entronque con una veta muy fuerte de este mundo popular; el ascenso social, la incorporación a la sociedad establecida se completaba con la apropiación de su capital cultural, ya sea por la lectura directa como por la asistencia a esa suerte de templos consagratorios que eran las bibliotecas y las conferencias (11).

Esta veta está en cierto modo presente en la Sociedad Colón, aunque no es dominante. En 1937, diez años después de su fundación, un grupo de asociados reorganiza las actividades de biblioteca y prensa (entonces comienza a publicarse la *Revista Colón),* y se empeña en la activación de la biblioteca, estableciendo guardias de atención y asesoramiento, suscribiendo a revistas de actualidad u organizando torneos de damas y ajedrez. Por impulso de uno de sus directivos, comienzan a circular en las páginas de la revista los autores progresistas y los temas propios del mundo de la izquierda liberal, que se encuentran frecuentemente en las bibliotecas populares de entonces (12). Hay frecuentes invocaciones, de neto sabor socialista, a la importancia de la lectura, y su valor superior respecto de otras formas de entretenimiento (13). Pero pronto van dejando lugar a otras alegaciones sobre la inutilidad del esfuerzo: si la Sociedad Colón tenía un moderado éxito en lo recreativo, su aspiración a convertirse en "centro de cultura en la zona" parece haber terminado en un fracaso total.

No se trata de una circunstancia excepcional. Toda la valoración de la cultura letrada tuvo en estas décadas mucho de reverencial: los gruesos volúmenes se guardaban en bibliotecas con puertas de vidrio, rara vez abiertas. Pero la cultura letrada circulaba más fluidamente por todo el conjunto de actividades, como las conferencias, que tomando como centro la biblioteca combinaban lo cultural con lo social, la incorporación de saber con la exhibición de una sociabilidad que marcaba la diferencia y consagraba la posición trabajosamente lograda en estas sociedades de amplia movilidad en su base. Quizás la menor movilidad relativa en esta sociedad trabajadora de Pompeya explique el escaso desarrollo de estas actividades periféricas: ni conferencias, ni cursos de capacitación, ni siquiera de corte y confección. En parte, esto se relaciona con la escasez de escuelas en la zona, la falta de esa capa de activistas culturales más dinámica, que eran los maestros, y en general de alumnos con escolaridad inicial completa. Quizá, también, con la presencia de un fuerte competidor en esos ámbitos culturales.

LA IGLESIA EN EL BARRIO

La instalación de la Iglesia católica en Pompeya tuvo mucho de misional: orilleros, obreros, pobres en general, extranjeros, socialistas y anarquistas, junto con calles de barro y depósitos de basura, todo conformaba hacia 1900 la imagen de una zona peligrosa y difícil, que requería de una acción enérgica y sistemática. Se

trataba de contrarrestar "la indiferencia religiosa, por no decir el odio a la religión en que vegeta el elemento obrero y pobre de esta parroquia, trabajado en grandísima escala por el socialismo y su afín, el anarquismo" (14).

El templo de Nuestra Señora del Rosario de Nueva Pompeya -que le daría el nombre al barrio- data de 1900; los padres capuchinos navarros que se hicieron cargo de él fundaron simultáneamente un colegio gratuito, ambos sobre la Avenida Sáenz, a unas siete cuadras del puente sobre el Riachuelo, en lo que con el tiempo sería el centro comercial del barrio, pero que por entonces era poco más que un punto fortificado *in partibus infidelium.* Desde entonces, y a medida que se poblaba la barriada, el templo ofició como cabecera de una extensa parroquia, que en 1933 debió dividirse en cinco (15). A la vez, Nueva Pompeya se convirtió en santuario de singular importancia (16), sede de peregrinaciones, centro de fiestas importantes, como la de la Súplica, o de jornadas de ejercicios espirituales, como los Quince Sábados, cuando "todo el día era una verdadera romería", Su influencia se extendía a la ciudad toda y aun al país, como lo indican las transmisiones radiales de los actos más importantes, y sobre todo la amplia difusión de su *Revista Nueva Pompeya (17).*

Apenas a unas seis cuadras hacia el este, las Damas de la Sociedad de San Vicente de Paul construyeron en 1912 el bardo obrero "La Colonia": casi cien viviendas concentradas en una manzana, destinadas a obreros con familias numerosas. En 1927 agregaron el Asilo Post Escuela, destinado a los niños, y un taller de labores domésticas para las mujeres. Los sacerdotes de la Obra de Don Orione se hicieron cargo del Asilo e instalaron un Oratorio festivo, elevado en 1933 a la categoría de parroquia, para atender al "populoso barrio de La Quema", constituido en las vecindades de la planta incineradora de basura; el primer cura párroco, Enrique Contardi, ha pasado a la historia corno una suerte de héroe civilizador, que transformó la primitiva sociabilidad de la bravía barriada (18). El Patronato de la Infancia, otra escuela impulsada por las Damas Vicentinas en los linderos de Pompeya con Patricios, y un Oratorio Festivo en la alejada zona de Villa Soldati completan esta instalación inicial, particularmente densa, de la Iglesia en el barrio.

Desde estos centros se desarrolló un conjunto de instituciones, algunas relacionadas con el culto, otras con la enseñanza, la capacitación de adultos, la recreación o la caridad. En Pompeya existían la Venerable Orden Tercera, un Seminario Seráfico para la formación de sacerdotes, la Cofradía de la Oración y la Congregación de la Doctrina Cristiana; las mujeres se reunían en la Corte de Honor o las Hijas de María, y los hombres en la Adoración Nocturna o la Congregación Mariana. De la parroquia dependían dos colegios -el parroquial y otro construido por la Obra de Conservación de la Fe-, con sus respectivos centros catequísticos, dos escuelas-taller, una obra de beneficencia y un Círculo de Obreros. Por su parte, en torno del Asilo, instituido sede parroquial en 1933, se formaron el Apostolado de la Oración, las agrupaciones infantiles de Tarcisios e Imeldas, las Hijas de María, la Asociación Don Orione, un batallón de exploradores de Don Orione (scouts), con su banda de música, y al final, un grupo de la Juventud Obrera Católica; junto a ellos, el Asilo Post Escuela, la Escuela Taller de las Hermanas de San Vicente, un consultorio médico que sirvió de base para un gran hospital iniciado en 1939, y una Asociación Vecinal. En ambas parroquias fueron organizándose luego, con cierta morosidad, las distintas ramas de la Acción Católica.

Se trataba, en suma, de un verdadero despliegue de instituciones, dirigidas desde la parroquia, para dar forma a la comunidad barrial, A diferencia del modelo de organizaciones católicas laicas, independientes de la jerarquía eclesiástica, fuerte hasta aproximadamente 1920, la orientación impuesta desde Roma, y materializada finalmente en la creación de la Acción Católica en 1931, apartaba a las instituciones laicas de tareas sociales o políticas conflictivas y las sometía a la rígida disciplina obispal y parroquial (19).

Vistas en conjunto, las actividades que tenían como centro la parroquia coincidían en buena medida con las de las sociedades de fomento. Además de las semanales actividades piadosas de los grupos -oír misa, comulgar- existían muchas otras, que en buena medida apuntaban a organizar la sociabilidad y el entretenimiento, un problema que, como se vio, era central en los barrios aislados. La Congregación Mariana, por ejemplo, destinada a los hombres jóvenes, era en buena medida un club social que quería competir con el

club o el café del barrio; tenía "salones de reuniones y de esparcimiento", para "entretenimientos y honestos juegos" y para reuniones y conferencias; disponía además de una mesa de billar, una buena cancha de pelota, otra de bochas y magníficos baños, todo ello para "formar jóvenes sanos de alma y cuerpo". La Congregación realizaba los festivales más exitosos de la parroquia —casi todas las otras agrupaciones organizaban los suyos en el salón parroquial— con divertidos sainetes, monólogos cómicos, ventrílocuos, guitarristas o levantadores de pesas, y en ocasiones artistas "de la radio"; esto se mezclaba con arengas o discursos más piadosos, con una estructura muy similar a la de la conferencia socialista. Por otra parte, se celebraban las fiestas de Navidad o las patrias, ambas con actos bastante similares: misa, himno, arenga, juegos y entrega de regalos o de ropa a los niños del catecismo. Pero lo más importante de la recreación eran las funciones dominicales de cine, para los niños del catecismo, y en otros horarios para los adultos.

La Iglesia mantenía tres colegios en el barrio, indispensable complemento de las inicialmente escasas escuelas públicas. Uno de ellos, al menos, cumplía una importante función asistencial: daba a los niños tres comidas y les permitía llevar alimentos a su casa. El Asilo Post Escuela (habitualmente denominado "dopo scuola", con reminiscencias mussolinianas), combinaba actividades asistenciales, educativas y de capacitación: reunía a los niños fuera de las horas de clase para “preparar sus deberes y librarlos de la calle"; también se les enseñaba religión o dactilografía, o se los integraba al grupo de exploradores.

En los establecimientos educativos se realizaban también actividades de capacitación profesional, sobre todo para las mujeres. En la Escuela de la Conservación de la Fe, las Hermanas de San Antonio obtuvieron un gran éxito con un método propio de corte y confección, muy sencillo; según afirmaban, "favorecerá de un modo muy especial a la clase obrera... (sin) instrucción escolar suficiente", pues "podrán adquirir un título y una profesión que le facilitará el proveer a su subsistencia, sin gran sacrificio y en su propio hogar" (20). Así, la Iglesia se hacía cargo del tema de la capacitación y el ascenso por la vía de una actividad independiente, característico de las asociaciones laicas y fomentistas, y en general de la cultura de los sectores populares en la entreguerra.

La coincidencia con el asociacionismo fomentista se da aun en otros planos. Las organizaciones parroquiales contribuyen, tanto como las fomentistas, a definir una elite barrial: el buen miembro de la comunidad barrial y católica integra las organizaciones, va ocupando diversos puestos de dirección, aparece en las fotos institucionales; sus acontecimientos familiares son mencionados por la revista parroquial, que en buena medida es una publicación social. En suma, adquiere respetabilidad, pues en este contexto el "buen católico" se asemeja al "buen vecino" de la sociedad de fomento. Al igual que el fomentismo de inspiración socialista, puede advertirse aquí una preocupación, en la práctica más que en la teoría, por la reforma de la sociedad, que merced a la acción solidada puede hacerse más justa.

Otro aspecto destacado de la acción parroquial es la preocupación por incluir a cada uno en alguna organización: a los siete años los niños se integran a los Tarcisios, para que "no se malogren los frutos de la Primera Comunión", y al llegar a los trece años ingresan en la Asociación Don Orione, creada por los mismos motivos (21). Del Taller de San Antonio de Padua ya mencionado se dice: ""faltaba una obra post escolar para que aquellas niñas que habían sido educadas cristianamente siguieran siendo cristianas en los años más difíciles de su vida" (22). La constitución de la Acción Católica, que dividía el universo social en ramas por sexo y edad, simplificó y completó, al menos en teoría, este esfuerzo de encuadramiento y definió sus alcances.

En cierto sentido, la Iglesia compartía con los socialistas (cuyo paradigma era la socialdemocracia alemana) (23) esta intención de crear organizaciones para cada esfera de la vida civil, englobadas en una suerte de estilo común, fuerte y laxo a la vez. Pero en su caso esto implicaba la vuelta a un pasado añorado, el de la comunidad cristiana, y el rechazo de una tradición liberal que aquellos, en cambio, se empeñaban por desarrollar y mejorar.

También había una intención militante. La participación en estas organizaciones se caracterizaba por el

'fervor" y el "orden", que llegaba a su máxima expresión durante las procesiones:

> "Allá iban los ochocientos niños que acuden [al asilo] en busca de formación moral e intelectual. Allá el taller de la Colonia, centro de jóvenes que junto con aprender la cultura reciben la enseñanza de la religión. Seguía el Catecismo de la Parroquia, el Colegio Gratuito del Santuario, el tan numeroso de la Conservación de la Fe, representaciones de la Sociedad de Ex Alumnos, Centro de Obreros de Nueva Pompeya, Apostolado de la Oración, Orden Tercera, Seminario Seráfico, Adoradores del Santísimo y numerosísimos fieles llegados exclusivamente a dar público testimonio de su fe a Jesucristo, oculto en la Eucaristía... el orden, el recogimiento, la devoción fueron las características de todos los circunstantes" (24).

Ese orden dependía en buena medida del talento coreográfico del organizador de la ceremonia, ayudado por un equipo de altoparlantes y un conjunto de robustos jóvenes marianos. Las procesiones de la Virgen de Pompeya, que un par de veces al año reunían una verdadera multitud, procedente de toda la ciudad y de sus alrededores, armonizaban perfectamente con el nuevo gusto de la Iglesia por esa suerte de plebiscitación de la fe que eran las manifestaciones de masas comandadas por Cristo Rey, alejadas de cualquier combate político o social específico, pero lanzadas a la recristianización moral de la sociedad (25).

Finalmente, había en la acción parroquial una similar preocupación por definir la identidad barrial, pero en este caso en los términos de la cultura católica. En primer lugar, en competencia con otros barrios, tal como en su esfera lo hacían los clubes de fútbol: según los sacerdotes de Don Orione, la parroquia de la Divina Providencia sobresalía "entre las demás parroquias metropolitanas por su actuación, su espíritu corporativo y su fervor", mientras que los de Pompeya se empeñaron en demostrar, durante el Congreso Eucarístico de 1934, que la suya era la parroquia "más eucarística" de la ciudad (26). Por otra parte, la identidad barrial en sentido amplio, que trascendiendo los espacios de contacto directo se apoyara en discursos y símbolos, recibió del Santuario un aporte sustancial: la gran torre, visible desde lejos, sus campanadas, que en competencia con las sirenas de las fábricas marcaban el tiempo de esta sociedad, y la plaza, que consagró la denominación eclesiástica de la barriada (27).

En un aspecto, la diferencia entre el mundo fomentista y el eclesiástico es muy marcada: el escaso aprecio que éste tiene por el acceso popular a la cultura letrada. La parroquia de Nueva Pompeya poseía desde 1908 una Biblioteca Popular, pero a lo largo de veinte años, la *Revista de Nueva Pompeya,* tan atenta a las actividades sociales del barrio, hace una única mención a ella. En cuanto a las conferencias, el otro pilar de la cultura popular letrada, solo se realizan en relación con campañas sistemáticas contra el marxismo, el divorcio, o la acción de la Liga de Profilaxis, de singular éxito. En cambio, hay una sistemática desconfianza por la letra impresa, ya se trate de libros -Renán, Anatole France o D'Annunzio parecen particularmente condenables- como, sobre todo, por “el folleto, la revista o el periódico", "que tanto abundan en nuestros días". Viejos temas de la Iglesia, renovados por la cruzada antimodernista de Pío X en 1907, activados por la proliferación de la edición popular (28), informan esta verdadera cruzada. Verdaderos "cebos de Satán", atractivos en forma y fondo, con sus tapas llamativas, su "estilo brillante", su "arte maravilloso" y su "habilidad suprema" que "intoxica”, atrapan a quienes, por definición, son incapaces de realizar una lectura crítica, y quedan "prisioneros de pequeñas filosofías que han leído": son en suma quienes han "hecho a la sociedad indiferente, anticristiana, escéptica y blasfema" (29).

UN IMAGINARIO CATOLICO

A mediados de la década de 1920 se han extinguido en Pompeya los ecos del formidable combate entablado por la Iglesia contra la amenaza de revolución social, cuando se llamaba a los católicos a disputar la calle a socialistas y a anarquistas, y a asumir y aun extremar sus propuestas, respaldados en la Doctrina Social de la Iglesia, creando sindicatos, mediando en conflictos laborales y proponiendo profundas reformas sociales. Ya el Círculo de Obreros de Pompeya es poco más que una lánguida institución para la so-

ciabilidad, hasta que hacia 1940 comience a hacerse eco de la nueva agitación social. En 1925 un sacerdote capuchino argumenta que los obreros son afortunados, pues "tener hambre y tener mucho trabajo es una bendición divina" (30). Los socialistas parecen haber dejado de ser una amenaza para el orden social, aunque conservan su papel de agentes del laicismo y el ateísmo. De acuerdo con las nuevas orientaciones, la Iglesia se aparta del conflicto social directo y se lanza a la conquista del universo de las representaciones, defendiendo en los combates del presente sus valores tradicionales, y sobre todo los signos exteriores de pertenencia y acatamiento.

La Carta Pastoral de los Obispos de 1928 definió las nuevas prioridades: unidad de organización y de mando; combate del protestantismo, de las costumbres modernas y de la escuela laica; renovación de la vida cristiana, y sobre todo de sus formas y preceptos (31). Los mayores esfuerzos se ponen en la enseñanza del catecismo y en la Primera Comunión. El esfuerzo es sistemático en los barrios alejados, como Pompeya: los hay en la parroquia, en el Asilo, el Patronato de la Infancia, en Villa Soldati, y hasta en la lejana Villa Industrial, en Lanús. El ejército de catequistas, nutrido primero con damas de la alta sociedad y completado luego localmente, incluye también a los hombres jóvenes de la Congregación Mariana; pero la extensión de la tarea hace que los catequistas resulten crónicamente escasos, especialmente cuando la parroquia extiende su acción a las escuelas del Estado.

La extensión del esfuerzo parece no ser proporcional a su profundidad: se apunta a la repetición precisa de conceptos y fórmulas, las suficientes para posibilitar el gran acto social de la incorporación formal a la comunidad. Los sacerdotes utilizan un sistema de recompensas, como el reparto de juguetes o de ropa, sin ocultar su definido pragmatismo. En agosto de 1932 se afirma que después del reparto de ropa aumentó mucho el número de asistentes: "También es cierto que el número y calidad de las piezas de ropa de abrigo distribuidas, que eran muy cerca de dos mil, es como para que, con la pobreza que reina en estos barrios, los padres y madres se esmeren en hacer que sus hijos concurran a la catequesis que tan rumbosa se muestra con los niños que a ella asisten" (32). El instrumento supremo eran las funciones de cine, a las que se podía asistir gratuitamente con los vales que los sacerdotes de la parroquia o el Asilo daban entre quienes asistían al catecismo o a la misa (33). Superando algunas reticencias iniciales, y con la sola salvedad de que las películas no fueran inconvenientes, se explotó ampliamente este recurso, ciertamente privilegiado por la escasa competencia.

El indicador más preciso del éxito pastoral es el número de comuniones. La *Revista de Nueva Pompeya* lleva la estadística anual, se congratula del crecimiento y se fija metas para cada año. La asistencia a misa, igualmente significativa, podría ser controlada, e incluso realizarse un censo. Debe saludarse al pasar delante de un templo, los hombres con el sombrero y las mujeres santiguándose, y el rito debe hacerse según formas precisas, pues se observa algún relajamiento. La misma crítica se formula a quienes no saben cómo comportarse en misa (generalmente los hombres), o en los días de las grandes fiestas. El rezo del Rosario es la mejor arma para la buena crianza de un niño, y nada reemplaza a los tres Avemarías diarios. Con motivo del Congreso Eucarístico de 1934, se recomienda la comunión frecuente, el saludo a los templos y "llevar ostensiblemente el distintivo" del Congreso. Sin embargo, llevar una medalla no sustituye el rezar, comulgar u oír misa. Todo un conjunto de prácticas —de cuya superficialidad a menudo la propia *Revista* se asombra— sirve para identificar al miembro de la comunidad, para reforzar su pertenencia y para exhibir frente al resto la potencia del ejército de Cristo Rey (34).

El combate es por las almas y los enemigos no son ya, principalmente, ácratas y maximalistas, sino protestantes, masones, espiritistas, y en general todos quienes adhieren a la modernidad, sucesivamente condenados por Pío X y Pío XI (35). La revista parroquial asume los grandes temas por la voz de un sacerdote que firma “fray Junípero" y que utiliza la retórica campechana y un poco grosera —"llamar a las cosas por su nombre"—, ciertamente común en la Iglesia. En algunos casos sus críticas se relacionan con problemas del barrio (36), pero en general apuntan a cuestiones más generales, relativas a la posición de la Iglesia en el mundo. Su blanco principal son las "mujeres modernas": pelo corto, ropa escasa, pitillo, copetines, revistas y bailes de moda...; atrapadas por el "sensualismo y materialismo de la vida moderna", son incapaces de

cumplir su misión fundamental: velar por el hogar, la familia, los hijos, las bases de una sociedad amenazada tanto por el liberalismo cuanto por el socialismo. La relativa incongruencia de este discurso, organizado en textos más elevados que circulan en la institución, con la realidad barrial —donde probablemente muchas mujeres desatienden el hogar por tener que trabajar en la fábrica— se atenúa al referirse a otros problemas, como las características ideales del novio por elegir: los conflictos en sordina de los "romances de barrio" suelen aparecer, con sorpresiva crudeza, en las rogativas a la Virgen, que publica la misma Revista (37).

Otro blanco importante es el Estado laico, frente al cual la Iglesia se ubica en la posición de minoría intransigente: condena la "escuela sin Dios", se lamenta porque quienes concurren a ella pueden eludir el adoctrinamiento, y se prepara a conquistarlas: desde 1938 logran dar clases de catecismo en ellas, y desde 1942 la enseñanza de religión se hace obligatoria (38). A la vez reivindica la contribución eclesiástica a la constitución de la patria, sistemáticamente negada por los historiadores liberales. La veta patriótica, en la que la Iglesia finalmente puede reencontrarse con el Estado, se desarrolla también en las prácticas: en la fiesta de Navidad se entona el himno, el cura participa de la celebración de las fiestas cívicas, se asocia en ambas con el comisario, o asiste a la jura de la bandera por los soldados, en la plaza de la iglesia. Luego de 1943, se identifica a tal punto con el Estado, que reclama la expulsión de los maestros laicos, por hallarse fuera de la ley (39).

Los temas sociales están ausentes, pero no la crítica política al socialismo, que comparte además las culpas del laicismo: no se le reconoce una presencia significativa en la sociedad barrial —cosa curiosa, dado lo que muestran los resultados electorales en las dos décadas— pero se lo combate acremente. Quizás esto refleje en parte combates barriales que no son mencionados; pero con seguridad se asocia con el discurso universal de la Iglesia, que lo identifica con el enemigo mundial, primero cebado en México y luego en España. De allí se deslizan al tema de los judíos, rindiendo amplio tributo a la ola de antisemitismo que había hecho pie firmemente en los órganos intelectuales de la Iglesia argentina, como la revista *Criterio.* Sorprende sin duda que, en un periódico tan modestamente parroquial, que lleva la cuenta de las comuniones y describe con fórmulas ritualmente repetidas los actos del culto o los inocentes festivales, se afirme que los judíos son intrínsecamente malos, y que en lo afirmado sobre ellos —como el sacrificio de niños para amasar el pan ácimo con su sangre— “no hay la más mínima exageración... es rigurosamente histórico" (40). Sólo tardíamente, bastante después de la condena papal de 1938, la figura de Hitler ingresa al panteón demoníaco, junto con Stalin. Si estos temas tenían pocas referencias a situaciones barriales concretas, en cambio reflejaban la creciente politización y polarización política de la sociedad porteña, y el papel que en ella quiere asumir la Iglesia.

TRADICIONES CRUZADAS

Esa marcha hacia la polarización de 1945, cuyos síntomas pueden palparse en este remoto barrio, estuvo lejos de ser lineal. Sociedades de fomento con una inspiración socialista más o menos firme, y comunidades parroquiales católicas pueden constituir en un cierto sentido dos campos culturales nítidamente recortados, pero no necesariamente dividen a la gente de manera igualmente nítida. Algunas historias personales, reconstruidas hoy en diálogo con antiguos habitantes del barrio, permiten vislumbrar tradiciones cruzadas, solidaridades compartidas e identidades complejas.

Tal es el caso de la familia de Clotilde Nieto de Nelly, que nació en Pompeya en 1926. Su abuelo era italiano y anticlerical, aunque conservaba un cuadro de San Bernardo, regalo de unos curas italianos a quienes cedió un terreno. Su abuela, muy devota, no perdía servicio ni actividad en la iglesia, a las que concurría con un delantal y una pañoleta negros, nuevos, adecuados a la ocasión. Sus dos tíos varones fueron adherentes activos del socialismo, al igual que su madre, a la que recuerda cantando apasionadamente la Internacional, y una tía, que estudió piano en el conservatorio barrial. Su otra tía, en cambio, estudió corte y confección con las monjas y se hizo muy católica. Clotilde hizo los estudios primarios en escuela religiosa, luego aprendió costura, y siguió muy ligada a toda la vida de la iglesia. En ella conoció a su esposo, ex alumno del Asilo

Vicentino, pero hijo de un emigrante italiano, socialista, que llegó al país en 1926, huyendo del fascismo (41).

Cruzadas por tradiciones diferentes, estas familias podían hacer un uso instrumental de lo que se les ofrecía, sin por eso comprometer una adhesión íntima, o podían simplemente tomar la única opción disponible. Así, el padre de Clotilde aceptó que estudiara con las Hermanas porque "mal no te van a enseñar". Luego, Clotilde aprendió corte: "porque uno tenía terminada la escuela y para mujeres no había más nada... lo único que hemos tenido allí han sido las Hermanas de San Vicente... las Damas... ni los curas, ¡eran las Damas!". En otros casos, las convicciones personales eran reforzadas por las tres comidas que el niño recibía en la escuela, y la posibilidad de llevar pan o aun restos de comida para la casa (42).

Más instrumental aún podía ser el aprovechamiento de las oportunidades de entretenimento: la Congregación Mariana de jóvenes daba de baja regularmente a unos cuantos de sus miembros, que solían asociarse "por miras meramente deportivas y sin ninguna idea religiosa, sin ningún fin noble" (43). Alguno, pasaba de la lectura en la biblioteca socialista a la función de cine parroquial. Los vales de cine daban lugar a un animado mercadeo -se vendían públicamente por cinco centavos- y aún a la esforzada asistencia a dos misas por aquellos que querían vender un vale sin perder la codiciada función. Más confidencialmente, se murmura que alguno tomó dos veces la Primera Comunión, para aprovechar el regalo del traje.

Entretenimiento, o capacitación, y adoctrinamiento conformaban un campo de intereses en tensión, en el que cada parte parecía consciente de objetivos del otro, pero bregaba por imponer los propios. Osvaldo Sartirana, otro vecino, recuerda vagamente que los Tarcisios era una agrupación "muy religiosa", pero sin poder dar mayores detalles sobre sus actividades; en cambio, precisa: "se jugaba mucho al *ping pong".* "Se iba a la tarde a hacer bordado ahí... la carpetita -recuerda la señora de Nieto- y ahí siempre el catecismo... y después la Misa, que cantábamos en la iglesia". Los curas de la Parroquia, siempre dispuestos a hacer atractiva la vida de los congregantes marianos -el superior de la Orden colaboró personalmente en la construcción de la cancha de *basket*- estaban contestes en no tolerar "a los meramente durmientes o pasivos. El que no cumple con sus deberes de católico y de Congregante, y sobre todo con la confesión y comunión mensual y la misa dominical, está en ella de más" (44).

Aprovechamiento y resignificación por la gente, tozuda insistencia en lo que habían definido como prioridades básicas por la Iglesia, dan testimonio de un conflicto similar al que existe entre los fomentistas y los vecinos "cómodos". Pero, además, ambas instituciones -la fomentista y la eclesiástica- presentan matices internos, diferencias y hasta tensiones profundas. La aparición en la Parroquia de la Divina Providencia de un grupo de la Juventud Obrera Católica preanuncia la reactivación del activismo social católico, que había sido marginado por la Iglesia en 1920 y que tendrá un papel significativo en la génesis del peronismo. Del otro lado, la *Revista Colón* pasó a ser dirigida en 1941 por un ardiente militante católico, de inspiración integrista, cuyo verbo encendido -mucho más apasionado que el de los rutinarios sacerdotes parroquiales- colma las páginas anunciando la próxima redención espiritual de la nación.

Así, en 1943 ambas usinas culturales -la del libro y la del catecismo- están sorprendentemente cerca: una común devoción a la patria, la tradición nacional y los valores trascendentes, y una común solidaridad con el gobierno militar. Este acercamiento es en buena medida coyuntural, pero previene una vez más de interpretaciones esquemáticas y mecánicas. Libros y catecismo expresan de manera sintética dos propuestas, diferentes en sus sentidos últimos y sus metas, pero con muchas coincidencias en el camino. Su procesamiento por los sectores populares -por otra parte atentos a otras voces, como las que simbolizan la radio o el fútbol-, y su trasmutación en identidades son lo suficientemente complejos como para que ahora podamos hacer algo más que replantear, quizá con mayor complejidad, los interrogantes iniciales.

REVISTA EURE

N O T A S

(1) Mabel Scaltritti, "Surgimiento de las sociedades barriales en Buenos Aires. El caso de Nueva Pompeya". VII Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires, setiembre de 1990. Agradezco la colaboración de Mabel Scaltritti en esta investigación.

(2) Los clubes, impulsados generalmente por la práctica del fútbol, crecieron desde fines de los años '10 y proliferaron ampliamente en los '30. De esos años subsisten hoy Miriñaque (1917), Nueva Era (1922), Unidos de Pompeya (1923), Juventud y Armonía (1930), Primaveral y El Globito (1939), Franja de oro (1940). Infinidad de clubes fundados por entonces, desaparecieron luego.

(3) Se trata de las sociedades de fomento Nueva Pompeya, Pompeya Sud, Unión Vecinal de Nueva Pompeya, Beazeley, Nueva Era, El Pilar de Nueva Pompeya Oeste y Villa Centenera. Hubo otras de existencia más breve. Los límites de la Sociedad Barrio Colón eran las calles Zelarrayán al N., Av. La Plata al E., Centenera al O., y las Av. Cruz y Riostra al S.

(4) Leandra H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, "Sociedades barriales, bibliotecas populares y cultura de los sectores populares: Buenos Aires, 1920-1945". Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales, vol. 29, N° 113, Buenos Aires, abril-junio de 1989.

(5) El buen vecino, "higiénico, paternal, solidario, paciente, participativo, prevenido", es permanentemente contrapuesto al "cómodo, poco colaborador, difamador, sin duda mayoritario". Revista Colón (RC), agosto de 1943, p. 6.

(6) "La Sociedad de Fomento es un agente que vigila con serena atención la zona y que trata de llevar en toda su extensión las comodidades que la actual civilización reporta al hombre". RC, mayo de 1942, p. 5.

(7) En los debates del Concejo Deliberante puede constatarse la relación especial que las distintas sociedades de fomento tenían con concejales de uno u otro partido.

(8) Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romera, "Ciudadanía política y ciudadanía social: los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1955". Indice, 5, Buenos Aires, marzo de 1992.

(9) El 4 de junio de 1943 se instauré un gobierno militar, de inspiración nacionalista y clerical, que repudió a los partidos políticos. En la ciudad de Buenos Aires, el Intendente Pertiné hizo una exitosa convocatoria a las asociaciones vecinales. La RC adhirió a los "patrióticos y nobles propósitos que animan a las actuales autoridades de la Nación" (agosto de 1943, p. 4).

(10) El mas importante fue el Club social, cultural y deportivo Piastra, fundado en 1931, con el que acabaría fusionándose la Sociedad Colón.

(11) Luis Alberto Romero, "Buenos Aires en la entreguerra: libros baratos y cultura de los sectores populares", en Diego Armus (comp.), Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social. Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

(12) Referencias al pasado argentino y a la continuidad entre Mayo, Caseros y Sarmiento: elogios a artistas comprometidos, como Chaplin o Isadora Duncan; sobre todo, fuerte campaña contra el fascismo y en favor de la paz. Sin embargo, en los mismos números se encuentran referencias a la tradición hispana y católica, o un elogio muy vivo del *scoutismo.*

(13) "Los libros no cansan._ corro no te cansa jugar o ver jugar al fútbol… o estar parado en la esquina varias horas consecutivas, como no te cansa perder el tiempo al compás de músicas exóticas o delante de un pocillo de café". RC, setiembre de 1938. p. 10,

(14) Revista Nueva Pompeya (en adelante RNP), enero-febrero de 1933.

(15) Jesús de Nazareth, que comprendía el barrio Colón, La Divina Providencia, que incluía La Colonia, Cristo Obrero de Villa Soldati, San Bartolomé y Nueva Pompeya.

(16) En 1922 se realizó la coronación pontificia de la Sagrada Imagen de la Virgen.

(17) Revista Nueva Pompeya. Revista mensual ilustrada, dirigida por los padres Capuchinos de Nueva Pompeya, can aprobación eclesiástica y de la Orden y bendecida por S.S. Pío XI. Comenzó a aparecer en 1924 y se difundía por suscripción; hacia 1930 afirmaban tener 30.000 suscriptores. A través de ella hemos podido seguir tanto la acción parroquial como la del Santuario.

(18) El barrio La Colonia se encontraba en la manzana entre las calles Salí, Traful, Cachi y Lynch. Sobre esta parroquia hemos podido consultar el Semanario de la Parroquia de Nuestra Señora de la Divina Providencia (Don Orione), así como diversas publicaciones de las Conferencias de San Vicente de Paul.

(19) Según la definición oficial, la Acción Católica es 'la práctica integral de la vida cristiana y la participación de todos, bajo la dirección de la Jerarquía Eclesiástica, en el Apostolado Cristiano, o lucha por la extensión del Reino de Cristo en la Tierra". El largo conflicto por la imposición de este modelo en el país ha sido analizado por Néstor T. Auza en Aciertos y fracasos del catolicismo argentino. 3 vols., Buenos Aires, Editorial Docencia, 1987-88.

(20) RNP, febrero de 1934.

(21) Parroquia de Nuestra Señora de la Divina Providencia, Asociación San Tarcisio en sus bodas de plata.

(22) RNP, enero de 1932.

(23) Vemon L. Lidkte, The alternative culture. Socialist Labor in Imperial germany. New York, Oxford University Press, 1985.

(24) RNP, agosto de 1929.

(25) El nuevo papel de la Iglesia, distante de la política y a la vez presente, fue enunciado en 1925 por Pío XI en la Encíclica *Quas Primas,* La espectacular celebración del Congreso Eucarístico de 1934 en Buenos Aires fue el ejemplo más notable de esa tendencia. La agrupación de los Tarcisios se constituyó inicialmente para llevar a los niños de La Colonia a las grandes concentraciones callejeras.

(26) Padre Roque Tonoli, "En estas bodas de plata", 1933-1958. Bodas de Plata de la Parroquia de la Divina Providencia, y RNP, marzo de 1934.

(27) Los socialistas se opusieron inútilmente a que la plaza del barrio recibiera el nombre del Santuario.

(28) En este terreno la Iglesia desarrolló su propia red de publicaciones populares, que incluyó una versión católica de las criticadas "novelas semanales", así como obras literarias mayores, libros de tesis, de sociología, y demás, que sin embargo prácticamente no son mencionados en las publicaciones parroquiales.

(29) RSP, "Bocetos sobre virtudes cristianas", mayo y agosto de 1930; "Las malas lecturas", marzo ce 1937 y "iNiña... que se intoxica!, noviembre de 1940.

(30) RNP, febrero de 1925.

(31) Carta Pastoral del Episcopado Argentino, 1 de diciembre de 1928. Revista Eclesiástica del Arzobispado, vol. XXIX, pp. 1 y ss. La nueva importancia adjudicada a los aspectos formales de la acción pastoral se reflejan en el Cuestionario para la visita canónica de las Parroquias de la Arquidiócesis de Buenos Aires, Idem., vol, XXVII, pp. 661 y ss,

(32) RNP, agosto de 1932.

(33) "Con el fin de atraer el mayor número de niños y niñas, proyectó el padre Director... amenizar la enseñanza del catecismo con la exhibición de adecuadas cintas cinematográficas, para lo cual se propone adquirir una buena máquina cinematográfica". RNP, marzo de 1930. Lo exhibido incluía una franja muy amplia, desde las de tema cristiano, como Ben Hur, o las "morales", como "La cabaña del Tío Tom", hasta cómicas de diverso tipo, o de cowboys. Según el recuerdo de viejos habitantes del barrio, los asistentes no parecen haber registrado en la selección una particular intención de adoctrinamiento.

(34) RNP (entre otros) febrero y octubre de 1932, 1ebrero y noviembre de 1933, marzo de 1934. junio de 1938, setiembre de 1939.

(35) Las Encíclicas *Pascendi* (1907), de Pío X, y *Ubi arcano* (1922) de Pío XI, definieron este giro de la Iglesia que margino a buena parte del laicado católico.

(36) Los ataques a los protestantes se relacionan con la instalación de un templo evangélico y de una sede del Ejército de Salvación.

(37) Así, hay quien ruega para que su novio se aleje de las "malas compañías, o vuelva a ella y cumpla la palabra empeñada.

(38) La RNP fue anticipando los temas y justificaciones del golpe de 1943, como la crítica a los políticos y a las instituciones republicanas, en diciembre de 1941.

(39) RNP, julio de 1935. setiembre de 1937. julio de 1942, marzo de 1944.

(40) Fray Junípero, "Sangre inocente'. RNP agosto de 1938

(41) Entrevista a Clotilde Nieto de Nelly, realizada por Mabel Scaltritti.

(42) Entrevista a Osvaldo Sartirana, realizada por Mabel Scaltritti. Sartiana, cuyo padre era un artesano que trabajaba en las iglesias, y presidio el Círculo de Obreros, concurrió a la escuela del Patronato de la Infancia.

(43) RNP, marzo de 1934.

(44) Ibídem.